Maldición de Invierno

Celee Fdez Moncada

Capítulo 1

-1-

Tuvo que empujar la puerta con todas sus fuerzas para conseguir cerrarla. Por fin había llegado a casa. Y aunque el frío siguiera dentro, al menos había conseguido refugiarse del viento huracanado.

¿Cómo era posible una nevada así a principios de septiembre? Después de todo, vivían en una pequeña ciudad en la que nunca pasaba nada fuera de lo normal.

Laila se quejó para sí misma cuando vio su mal aspecto reflejado en el espejo de la entrada. Su larga melena castaña, que normalmente dibujaba unas ondas perfectas, ahora estaba desordenada y encrespada, llena de pequeñas motitas blancas. Pequeños copos de nieve que a primera vista, habrían dado un aspecto de suciedad. Agradeció en silencio la oscuridad que había en aquella pequeña habitación, que solo la permitía distinguirse a sí misma en tonos ocres y grises. Lo suficiente para ver su remarcado ceño fruncido, y una penetrante mirada oscura de insatisfacción.

–Laila, ¿estás ahí? – La distante y ronca voz de su abuela la sacaron de su ensoñación. – ¿Laila? – Repitió.

–Sí, abuela, acabo de llegar. – Respondió mientras abandonaba la entrada, dejándose llevar por la voz de la mujer.

–¿Podrías venir a ayudarme?

La grave voz de su abuela la guió a la segunda planta. Habría sido más rápido de vivir en una casa más pequeña.

"¿Para qué necesitamos tanto espacio si solo vivimos aquí dos personas?", se preguntaba en ocasiones, sobretodo cuando tenía que encargarse de limpiar habitaciones frías y vacías en las que nunca tenía la necesidad de entrar. Habitaciones que carecían de esa vida que tienen aquellas que pertenecen a alguien. Aquellas que desprendían una especial calidez

humana.

Después de subir dos escaleras de incontables peldaños de mármol, encontró por fin a su abuela, luchando contra el viento para conseguir cerrar una ventana. Con tan solo dos zancadas tomó el lugar de la anciana, y con un empujón consiguió lo que a la mujer le estaba llevando tanto esfuerzo. Había vuelto a estar en contacto con el viento tan solo unos pocos segundos. Lo suficiente para terminar con la piel helada, y cara y la ropa llenas de pequeños círculos de hielo.

Rodeaba con sus alargados dedos una taza de té caliente, absorbiendo así el calor que desprendía la porcelana. Su tez y sus mejillas, que normalmente tenían un color algo rosado, estaban más pálidas que de costumbre. Mientras tanto, observaba el ritmo dinámico con el que su abuela recorría la casa haciendo labores. A sus casi ochenta y cuatro años, era una señora de limitada estatura y cortas piernas que podría seguir perfectamente el paso de un muchacho joven y alto, como lo era su otro nieto, el hermano de Laila. Tenía una abundante melena sin fin que siempre recogía hábilmente con un palillo en un roete gris, y unos brillantes ojos grises que reflejaban tanta vitalidad como los de un niño ilusionado.

–¿No has notado nada extraño? – Le dijo mientras se sentaba a su lado, después de amontonar las cacerolas en una esquina de la encimera.

–Dejando aparte el detalle de este tiempo apocalíptico en pleno verano, todo parece estar como siempre. – Sus hombros se encogieron debajo del grueso chaquetón.

–No es solo una ventisca, está pasando algo más.

–Abuela, deja de decir estas cosas o empezaré a pensar que estás enloqueciendo. – Hizo una pausa para tomar un sorbo de té, que pasó caliente por su garganta. – Vivimos en el mundo real.

–¡Ah!, es una pena, estas nuevas generaciones no me toman en serio. Tu hermano tampoco lo hizo nunca. Menos mal que aún hay gente que piensa que soy más que una vieja chiflada.

–¿Y qué es eso que según tú está pasando? Sorpréndeme. – Soltó en vaso sobre la mesa y dejó que su mirada se perdiera en el humo que el té caliente desprendía, mientras esperaba una respuesta. Con frecuencia, su abuela solía hablar sobre sucesos sobrenaturales. Sucesos que le resultaban imposibles de creer.

–No sabría decirte con exactitud, pero es algo que nunca antes había llegado con tanta fuerza.

“Algo que nunca antes había llegado con tanta fuerza”, esas palabras desconcertaron a Laila y resonaron en su mente durante unos minutos. Ni siquiera después de darle un centenar de vueltas le encontró el sentido. Continuó observando las formas que dibujaba el humo, hasta que consiguió perderse en él.

Unos golpes que alguien dio en la puerta de la entrada la sacaron con brusquedad de su mundo interior lejano. Su abuela se levantó a abrir, y en cuestión de segundos su casa se encontraba llena de desconocidos. Nada nuevo para ella. Habitualmente muchas personas de la pequeña ciudad en la que vivían, y de los pueblos que la rodeaban, acudían a su abuela en busca de ayuda “esotérica”. O de “un fantasioso empujoncito para sus problemas”, como Laila lo llamaba.

Se levantó de un salto y se dirigió a su cuarto, antes de que su abuela comenzará a leer el futuro de desconocidos en las cartas, cosa que para ella no tenía sentido. ¿Cómo te va a decir un simple trozo de papel con dibujos lo que solo tú mismo te vas a buscar?. Para ella, creer en eso era como creer en el destino, y ambas cosas le parecían absurdas. Sin embargo, era el trabajo de su abuela lo que la había mantenido durante casi toda su vida, hasta que su hermano encontró trabajo en Inglaterra y con regularidad mandaba algún que otro sobre con dinero.

Su segunda duda era; ¿por qué toda esa gente seguía yendo a una consulta esotérica en pleno siglo XXI?.

Su abuela no solo veía el futuro en las cartas, también recurrían a ella en busca de hechizos. Algunas eran niñas de no más de quince años que querían que un chico se enamorara de ellas, y su abuela cedía y lo hacía. Laila no sabía mucho sobre esos temas, pero siempre había tenido la certeza de que eso supondría entrar en la magia negra.

Al entrar en su cuarto, vio en el calendario que estaba colgado en la pared que aquel día estaba señalado, lo que le recordó algo que le quitó de la cabeza aquellos ilógicos pensamientos.

–¿Magia? Esto es el mundo real, y en el mundo real, ¡hoy llega mi hermano de Inglaterra! – Casi derrama una lágrima al escucharse a sí misma diciendo eso. Había echado tanto de menos al chico durante los últimos dieciséis meses que no se podía creer que por fin iba a volver a verlo.

Miró el reloj y se dio cuenta de que aún faltaban unas dos horas para que el avión llegase, pero estaba tan nerviosa que necesitaba salir ya para el aeropuerto, necesitaba matar el tiempo. Se quitó las gastadas zapatillas que llevaba y las cambió por unas botas marrones que no dejaban pasar ni un mililitro de agua. Cogió un característico bolso blanco, que tenía un extraño estampado tropical, y se lo colgó de los hombros.

Salió corriendo de su cuarto, tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Las escaleras parecían no tener fin. Cuando por fin llegó abajo, su abuela le cortó el paso.

–¿Dónde vas con este tiempo? – Apoyó una de sus huesudas manos sobre la barandilla. Cuando fruncía el ceño, sus ojos grises se quedaban casi escondidos debajo de la piel arrugada.

–¿No deberías seguir atendiendo a tus clientas?

–¿Dónde? – Insistió.

–¿Te acuerdas de tu otro nieto? – Intentó pasar por el hueco que quedaba libre, pero la mujer lo cubrió en seguida con su cuerpo. Laila estaba comenzando a desesperarse. – Pues hoy vuelve.

–¿Te importaría parar de responder a mis preguntas con más preguntas?. – De repente, sin decir nada más, se dio media vuelta y fue hacia la cocina. Laila dio dos pasos sin hacer nada de ruido, dispuesta a aprovechar la distracción. – ¡No te muevas! – Gritó la anciana.

"¿Cómo puede saber que me he movido habiendo varios muros entre nosotras?" Pensó.

La abuela llegó en seguida con un collar en su mano. Este tenía una perla verde

esmeralda, con una forma circular, sujeta por una cadena de cuero marrón. Se apreciaba a simple vista que era una piedra natural. A pesar de tener una superficie irregular y algunos arañazos, a Laila le pareció preciosa.

–Esto te ayudará a reconocer las malas presencias... Espero que sepas alejarte de ellas. – Dejó que su nieta la observara durante algunos segundos más. – ¿Me prometes que lo llevarás?

–¿Lo dices por la nevada? Es raro en estas fechas, pero es algo natural. – Encogió los hombros, con una expresión despreocupada.

La anciana entrecerró los ojos, y dio un largo y gélido suspiro, que revolvió el cabello de la chica. Poco después, todas las puertas y ventanas

de la casa se cerraron dando un portazo. Laila no era de esas que se asustaban con facilidad, pero aquella vez no pudo esconder que aquel estruendo la había pillado por sorpresa. Había sido el viento, eso era todo.

–¿Quieres salir? – Puso el collar ante sus ojos. – Pues hazme caso.

Laila se giró y se sujetó el pelo para que su abuela le abrochaba el colgante.

–Puedes obligarme a llevarlo, pero no a creérmelo.

–Ponme a prueba – bromeó.

Se miró en el espejo de la entrada antes de salir. Aunque la pequeña habitación continuaba a oscuras, la piedra del collar brillaba por sí misma. Desprendía una luz verde que hacía que se reflejaba sobre la palidez de su piel con facilidad, a la vez que resaltaba el negro de sus ojos. Se percató de que su abuela seguía observándola.

–Supongo que no está tan mal. – Se encogió de hombros. – Gracias.

Y en cuanto la mujer se marchó, salió corriendo de la casa, caminando contra el frío y fuerte viento, que iba siempre en su contra.

Aparcó su moto en frente del aeropuerto antes de entrar. Aquel lugar era casi tan grande y espacioso como un centro comercial. En la entrada había una cafetería, una tienda de souvenirs y otra con cosas esenciales para los viajeros despistados que se las olvidaran en casa, y que aprovechaban para vender a precio de oro.

Aún quedaba media hora para que el avión de su hermano llegara, así que entró en la gran tienda de souvenirs para hacer tiempo. De casualidad encontró pulseras con grabados, y en una de ellas ponía sobre una placa de metal; “eres mi hermano favorito”. No es que tuviera más hermanos, de hecho, Erik era el único que tenía, pero aún así le pareció perfecta.

Los veinticinco minutos restantes los pasó sentándose y levantándose de sitios apartados, sin poder estar más de medio minuto quieta.

“El avión procedente de Inglaterra está a punto de aterrizar.” – Dijo de un momento a otro una voz aguda, envuelta por una música simple y corta, parecida al sonido de un psilófono.

Después de la media hora más larga de su vida, parecía imposible que hubiera sonado por fin ese esperado mensaje. Aminoró el paso para dejar

atrás cuanto antes el olor a café, las conversaciones en varios de idiomas diferentes y los mostradores de información, con colas infinitas de personas llenas de dudas y quejas.

A través de las puertas de cristal vio como aterrizaba el avión. Dentro de él, en algún asiento concreto, estaría su hermano, deseando de bajar a tierra firme, de pisar la que era su tierra.

"¿Tendrá él las mismas ganas de verme a mí?" Se preguntó Laila a sí misma.

Se abrieron las puertas, y cientos de pasajeros bajaron por la eterna escalera. Lo buscó desesperadamente con la mirada, pero no consiguió encontrarlo. Todo pareció pasar a cámara lenta, sin embargo, no pasaron más de diez minutos hasta que los primeros empezaron a entrar por las puertas de cristal, frente a las que ella se hallaba esperando. Comenzó a notar la presión de los pasajeros pasando con fuerza por su lado, la calidez de sus cuerpos, sus exalaciones, y un olor a menta, café, y tabaco.

Se llevó algunos pisotones y empujones, y no era de extrañar, pues era como un obstáculo para los pasajeros. Pero aquello no le impidió a Laila seguir en medio del gentío. Ni siquiera le importó ser engullida por la multitud.

Después de esperar unos minutos en la misma situación, sin ver llegar a su hermano, comenzó a caminar a contracorriente, sin saber bien lo que estaba haciendo. ¿Pretendía ir ella misma al avión y encontrarlo allí?

Pero de un momento para otro, alguien la agarró del brazo y tiró de ella, sacándola con dificultad de la multitud.

Y ese alguien era él.

Aquel que un día fue un niño revoltoso que la hacía de rabiar. Aquel que un día cambió sus soldaditos de juguete por maletas cargadas de ropa. Un niño de ahora veinte años. Metro ochenta y cinco, de constitución delgada pero con anchas espaldas, y un cabello negro y desaliñado. Sus ojos azules la miraron fijamente hasta que ella se lanzó sobre él y lo envolvió en un fuerte abrazo. Él hizo lo mismo. Al separarse, la levantó por la cintura y le dio una vuelta en el aire.

–¡Por fin!¡Por fin estás aquí!–Lo volvió a abrazar, esta vez con más fuerza. – No tienes ni idea de cuanto te he echado de menos.

–Yo a ti también, pequeñaja. –La estrujó con delicadeza entre sus brazos.

–Ay madre... –Laila se separó de él. Tenía una mirada de preocupación en su rostro.

–¿Qué es este colgante? – Dijo mientras sostenía la piedra entre las llemas de sus dedos. Su luz verde se reflejaba de una forma espectacular sobre sus ojos azules. – La abuela no te habrá comido la cabeza con sus cuentos, ¿verdad?

–Erik, he olvidado mis cosas en alguna parte...

El chico abrió la boca, pero la cerró antes de decir algo que hubiera podido desanimar a su hermana. Aunque era muy obvio que con tanta gente moviéndose por aquel lugar, alguien las habría cogido.

–Yo... Voy a ver si las veo. –Se giró y salió corriendo, dejando a su hermano atrás.

Estaba más preocupada por haber perdido el regalo que tenía para su hermano, que por los cascos de la moto. Miró en cada sitio en el que había estado, sorprendiéndose a sí misma de ser capaz de recordarlos todos. Preguntó a algunas personas que había cerca, para lo cual tuvo que hacer uso de sus leves conocimientos en francés y alemán. Nadie había visto nada. Y tampoco estaban en objetos perdidos.

–¿Qué has perdido? – Su hermano se abrió paso entre la multitud para seguirla.

–Los cascos de la moto y... otra cosa... –Dijo mientras seguía buscando con la mirada. –Oh, Dios, soy un completo desastre.

–Menos mal que siempre llevas la cartera en los bolsillos. No te preocupes, seguro que...

–¿Eres tú la que se ha ido olvidando la cabeza por ahí?– Lo interrumpió una voz grave y fuerte. Una voz que en cualquier otra circunstancia, le habría parecido atractiva, reconfortante. Laila dio media vuelta y se encontró con un chico que físicamente resultaba muy llamativo. Pelo de un dorado muy claro, piel muy pálida y unos ojos especialmente grises. Tenía una nariz alargada y una cara fina, con el mentón muy pronunciado. Le pareció más alto que su hermano, aunque desde su perspectiva de metro sesenta y cinco, casi todo el mundo en la ciudad le parecía alto.

–Supongo que sí eres tú. – Sostenía en su mano derecha la bolsa de la tienda de souvenirs, y los cascos colgaban de sus antebrazos.

–Eh, cuida el tono con el que le hablas a mi hermana. – Intentó ponerse

delante de Laila, pero esta no lo dejó.

–Ey, no importa – Dijo con un tono tranquilizador. Ella también se había dado cuenta de la forma de hablar del chico, como si se sintiera superior, sin embargo, no le dio la más mínima importancia. – Sí, soy yo, gracias. – Al coger sus cosas, rozó su mano durante una milésima de segundo, tiempo suficiente para que la piel del chico le transmitiera su frío. Un frío que dejó paralizado su cuerpo durante unos cortos segundos. Unos segundos en los que ambos se miraron a los ojos y tuvieron una misma sensación. Justo después, él bajo la mirada hasta encontrar la perla verde que colgaba del cuello de la chica, y se quedó embobado mirándola, mientras que el reflejo de luz verde endurecía sus facciones, y hacía que sus ojos grises adoptaran por completo el color.

–Laila, vámonos, este tío me da mala espina – Le dijo a su hermana sin quitar sus ojos de encima del desconocido.

–Me alegra haberte sido de ayuda. – Esas palabras no salieron con fluidez de sus labios. No las sintió de verdad. Y se dio media vuelta, sin esperar recibir una respuesta que Laila igualmente no dio.

La chica permanecía inmóvil, con la mirada perdida, incapaz de decir palabra alguna después de lo que había sentido cuando su piel había tocado la del chico. Por un momento incluso llegó a sentir como sus huesos y órganos desaparecían. Como si su cuerpo, por un momento, hubiera estado relleno de hielo resquebrajándose. Fue una especie de ilusión momentánea, que no habría cabido en la lógica de Laila de haber sido de otra manera.

Y entonces, tuvo un presentimiento que no le resultó nada agradable.